

En camino

Elena LAURENZI

La presencia de la materia en la filosofía de Zambrano es una cuestión poco explorada. Sin embargo, la referencia a la materia, y más aún, la tensión erótica hacia ella, aviva toda la obra de la filósofa andaluza, desde los textos juveniles, con su alusión a la gran tradición del materialismo español, hasta las obras maduras, donde la materia, «sombra hermana», aparece impregnada por la vibración de la palabra poética que arranca de ella, gracias al proceso «alquímico» del filosofar zambraniano. De ello procede, asimismo, esa especial articulación entre ligereza y gravedad que es la marca inconfundible de la reflexión de Zambrano, ya que, tal y como ella nos sugiere, ligereza y gravedad son ambas cualidades de la materia y de aquello que nos mantiene vinculados a la tierra, «criaturas de su suelo».

Los ensayos que componen este volumen siguen el motivo de la materia en las múltiples modulaciones que asume en la obra de Zambrano: en el multiplicarse caleidoscópico de sus perspectivas, en la composición musical de su frasear, en la exploración experiencial de su reflexión. La materia marca la cualidad de la lengua y de la razón poética zambraniana, conquistada a través de contagios y contaminaciones con la oscuridad del sentir y la opacidad de la vida. Alimenta y sustenta, asimismo, la reflexión sobre el ser humano: desde la criatura en su ser naciente hasta la persona que apura, en el transcurrir de toda una existencia, el misterio único de tal nacimiento y de su propia vocación en el mundo, quintaesencia de la libertad encarnada. Material es, finalmente, la calidad del humano demorar en el mundo, donde la materia, única y valiosa, de la singularidad irreductible del otro se impone en el sentir de la piedad, pero donde también se descubre la ma-

teria encarnada, sexuada, marcada por una igualmente irreductible diferencia que, sin embargo, trasciende las dimensiones del conflicto y de la complementariedad entre los sexos, para alentar la búsqueda del «saber del alma».

Estas páginas nos acompañan en la exploración de la filosofía de María Zambrano en distintas direcciones, aunque su proceder, sin la menor intención de querer sugerir recorridos excluyentes, ha de entenderse como la encrucijada de senderos que componen un inextricable retículo de conocimiento. Algunos de estos senderos se adentran en la exploración de las circunstancias (históricas, culturales, contingentes, existenciales) en las que la reflexión de Zambrano se enmarca y a las que, sobre todo, responde, en un gesto de apertura a la convivencia y de asunción de responsabilidad que bien se refleja en el «adsum» de *Delirio y destino*. Otros senderos ahondan en la profundidad de su pensamiento, destapando la raíz de su inspiración y el ramificarse de esta en la densidad telúrica de la existencia humana y de sus «entrañas», así como en la luz y en el aire que nos rodea y une. Hay páginas que tienden puentes entre las reflexiones de Zambrano y el pensamiento contemporáneo —Blanchot, Derrida, Deleuze, Calvino— a través de las cuales, las intuiciones de la filósofa española llegan a tocar el corazón de las inquietudes de nuestro tiempo y de lo que, en él, hay «por pensar»; y otras, finalmente, que nos mueven desde este mismo corazón para pensar, *con Zambrano y más allá* de Zambrano, con una infidelidad que es, al mismo tiempo, la máxima fidelidad a un pensamiento que no pretendía prosélitos ni ofrecer respuestas, sino que, más bien, invitaba a pensar por sí y a través de sí.

Las autoras de estos ensayos, escritos a lo largo del tiempo y del espacio, los han tejido juntos siguiendo el hilo rojo del amor de materia. En el entramado que así se ha creado, aparecen implicaciones, matices y motivos a menudo inesperados y sorprendentes ante los ojos de las mismas autoras. Es, esta sorpresa, el don excepcional del diálogo amigable y del pensar viajero, que no predefine la meta, sino que deriva la riqueza de sus descubrimientos y revelaciones de su propio estar en camino. Pues, como decía el gran poeta Antonio Machado, quien fue amigo y compañero de viaje de María Zambrano, «Se hace camino al andar».

La razón estética de María Zambrano

PINA DE LUCA

¿Es posible pensar *con* Zambrano en lugares, acontecimientos, nudos de la contemporaneidad? ¿Puede el singular surco que ella imprimió, a través de sus reflexiones, sugerir nuevos enfoques sobre las cuestiones cruciales de nuestro tiempo?

El primer paso a tomar, para dar una respuesta a estas preguntas, es la adopción de una mirada estrábica, ya que se trata de mirar conjuntamente la obra de Zambrano y el debate contemporáneo. Pensar *con* Zambrano significa, así, pensar también *más allá* de Zambrano y, para ello, es necesario recurrir a una práctica del *con* que lo supere continuamente, produciendo el *más allá*. El *más allá* no ha de entenderse como superación o como distancia crítica, sino como un proceso de maduración de todo lo que en la reflexión de Zambrano no es más que un signo, una débil pista, un punto apenas intravisto, una posibilidad que quedó contraída en las articulaciones del pensamiento y que, liberada, revela de ese pensamiento *algo más* que implica mayor elaboración.

Por tanto, habrá que atravesar la obra de Zambrano tratando de *tropezar* con los signos, con las pistas, con ese *algo más*, que encrespan su superficie. A veces, el empuje que se experimenta *tropezando* es talmente fuerte que causa temor de que, secundándolo, acabe por imponerse una arbitraria desviación a la reflexión, por imprimirle un ritmo que no le pertenece o por hacerle preguntas a las que no puede dar respuesta. Sin embargo, ha sido Zambrano misma quien nos ha enseñado que *pensar con* no significa acercarse lentamente, sino que, más bien, implica *divergencia*. La práctica de la *divergencia* —toda su obra lo testimonia— es asumirse la responsabilidad de la infidelidad, así como ella hizo leyendo a Sófocles, a Platón, a Juan de la Cruz, a

Nietzsche, entre otros. Los leyó penetrando en los intersticios de su pensamiento, forzó las resistencias e indagó en las opacidades, capturando en lo dicho lo no dicho y osando darles voz. Después los sometió a las urgencias de su propia reflexión con el objeto de que devinieran pensamiento en su pensamiento, lengua en su lengua.

LA LENGUA, PARA EMPEZAR

La *lengua* es la primera cuestión con la que *tropezamos* cuando nos adentramos en la reflexión de Zambrano. De hecho, es ya de por sí una cuestión el que se tenga que hablar de *lengua* para Zambrano y que, como tal, madura a medida que crece su repulsa por la angustia clasificatoria de los *lenguajes*. Repulsa que, por un lado, la lleva a desertar de las gramáticas —por encima de todas, de la del lenguaje filosófico¹— y, por otro, a negar el género y la procedencia.

De esta manera, la filosofía, la narración, la poesía, el misticismo se sustraen a toda rígida definición y se rediseñan como una espacialidad múltiple y encrespada. Esta espacialidad es el generarse mismo de una *lengua* que no conoce codificaciones ni ajustes porque deviene continuamente y, deviniendo, se re-crea a sí misma. Si en el cumplimiento de un lance como este Zambrano mira antes de que la palabra fuese «a dar al lenguaje, a los ríos del lenguaje por fuerza ya diversos y aun divergentes»,² no es al *antes* al que vuelve ni repropone su actualización. Esa es la que trabaja, y que encuentra su forma más fructífera en *Claros del bosque*, *De la aurora*, *Los bienaventurados*, es más una *lengua del después* que del *antes*, recoge la tensión —«el soplo vivificante»— y la desarrolla en el *después* de una lengua abierta, porosa, cargada de resonancias.

¹ «¿Es posible —se pregunta Zambrano— seguir identificando, sin más, la Filosofía con su forma sistemática?» y «¿por qué su forma mixta, y a veces ambigua, no ha de ocultar y verter a la vez, un pensamiento que no ha querido reducirse a la fórmula sistemática, temiendo que ella le arrebatase su virtud más íntima?» (M. Zambrano, «La “Guía”, forma del pensamiento», en *Hacia un saber sobre el alma*, Madrid, Alianza Editorial, 3ª ed., pp. 59-60).

² M. Zambrano, *Claros del bosque*, Barcelona, Seix Barral, 1990, p. 81.

El experimento de una *lengua después de los lenguajes* es llevado a cabo por Zambrano haciendo que actúe en el trasfondo de la gran tradición del «materialismo español». ³ Este último, según Zambrano, es «algo más delimitado y específico», ⁴ más radical y penetrante que el realismo. Si el realismo es «una forma de conocimiento porque es una forma de tratar con las cosas, de estar ante el mundo, [...] de mirar al mundo admirándose sin pretender reducirle en nada», ⁵ el materialismo no se limita a ser una postura o un modo de relacionarse con el mundo, sino que es una adhesión incondicionada a la materia. Una adhesión que es la «consagración», la «exaltación», la «apoteosis» de la materia, es el «fanatismo de lo material, de lo táctil y de lo visual». ⁶ La pintura de El Greco, la obra de Cervantes, las novelas de Galdós, la mística de Juan de la Cruz y de santa Teresa de Ávila son, todas ellas, expresiones de un fanatismo similar: la obra de cada uno de ellos está sumergida y se mueve en la «atmósfera» de la materia, es la manera de dar forma e imagen a su «energía creadora», es la manera de sentir que forma parte de ella y de participar de su movimiento, ya que la materia no es «algo estático, inerte y opaco», sino que en ella «todo va a todos», «nada permanece separado de nada», «nada conserva su individualidad limitada y opaca». ⁷

De esa materialidad y del movimiento que la atraviesa, la lengua zambraniana ejecuta una compleja *mimesis*. *Mimesis* no es aquí, desde luego, copia, calco, repetición, sino trabajo que, autónomamente y de manera original, re-crea el movimiento de la materia, re-creando rasgos y modalidades. La *lengua* es así, también ella, movimiento por el cual

³ El «materialismo español», nos explica Zambrano, es totalmente independiente de todos los materialismos europeos. «Ninguna raíz común, ninguna forma análoga. El materialismo europeo es una teoría metafísica análoga en su estructura y en su pretensión a las demás, lo más exacto sería decir de ella que se trata de un idealismo invertido. No así el español, que apenas guarda relación con el idealismo, ni con el racionalismo, pues está fuera de su órbita, cae fuera de allí donde ellos pueden alcanzar» (M. Zambrano, *Pensamiento y poesía en la vida española*, Madrid, Endymion, 1996, 3ª ed., p. 40).

⁴ *Ibidem*, p. 39.

⁵ *Ibidem*, p. 35.

⁶ *Ibidem*, p. 39.

⁷ *Ibidem*, pp. 39-40.

«todo va a todos», «nada permanece separado de nada», «nada conserva su individualidad limitada y opaca» y en el momento en que lo es, también la lengua, al igual que ocurre para la materia, no excluye nada y todo lo acoge. Lo que es acogido —géneros, referencias, ascendencias, préstamos— en vez de ser absorbido y recolocado en una trama compacta que lo justifique y dé cuenta de ello, está inmerso en un movimiento que lo lleva a encontrarse/chocar con otros elementos y contenidos. Lo que en el encuentro/choque se produce es una especie de contagio recíproco que altera la identidad y el estatuto de cada una de las partes que están en juego: ninguna es ya igual a sí misma, ninguna es *solo* lo que antes era. En el contagio, cada una de las partes deviene *nueva* porque *nuevo* es el *mixto* que ahora ella es. Y *mixto* no es el resultado de la fusión de varios géneros o de la mezcla de ascendencias varias, ni tampoco la simple coexistencia de lenguajes diferentes o su paso fronterizo, sino lo que se genera en el doble movimiento de expropiación e hibridación. Movimiento que brota de una «*participación sin pertenencia*»⁸ en varios géneros sin que haya adhesión exclusiva o privilegiada a ninguno de ellos. La *participación múltiple*, precisamente porque impide que haya cualquier tipo de identificación con un género en particular, termina por desarticular la división misma de los géneros y por sustraerlos a la fisicidad de la repetición/inclusión que los gobierna. Llegados a este punto —aquí la novedad de la operación de Zambrano— la *participación múltiple* deviene movilidad de los géneros y la movilidad lleva hasta su recíproco *participarse*: cada género deja de ser *solo* sí mismo para ser también el *otro* o también todos los *otros* y, en el serlo, accede a la fluida posibilidad del *muchos*.⁹ Cada uno de

⁸ Esta expresión es usada por J. Derrida en *Parages* (Galilée, París, 1986) y con esta explicación: «Le trait qui marque l'appartenance s'y divise immanquablement, la bordure de l'ensemble vient à former par invagination une poche interne plus grande que le tout, les conséquences de cette division et de ce débordement restant, aussi singulières qu'inimitables» (p. 256). El estudio de Derrida dedicado a Blanchot puede considerarse como base teórica que, aunque no forma parte de la reflexión de Zambrano, ayuda a profundizar la intrincada cuestión zambraniana de la lengua.

⁹ Vale la pena recordar aquí lo que defiende Derrida respecto a la cuestión del *genos*. Derrida afirma que si «on peut aussi bien entendre *genos* comme naissance», no se ha de entender por nacimiento exclusivamente «la race» o «l'appartenance fa-

los géneros es así *cada vez más* respecto a sí mismo, cada vez más excesivo y excedente; por tanto, ya no es definible o reconocible y, dado que no lo es, tampoco *define* ni *identifica*. *Mixta* es, pues, la lengua zambraniana porque, colocándose *más allá* de los géneros singulares, de todos, *simultáneamente*, participa y todos, *simultáneamente*, los habla y, hablándolos, los expone continuamente, los unos a los otros, de manera tal que los unos se contaminen de los otros, los unos sean germen que madura en el otro, comprometiendo su identidad y su estatuto.

Pero hay más. Si *mixta* es la lengua zambraniana, lo deviene *imitando* el movimiento de la materia, el movimiento es también rumor.¹⁰ Es movimiento que tiene lugar produciendo sacudidas, vibraciones, temblores, por lo que la *lengua*, re-produciendo el movimiento de la materia, re-produce también la *rumorosidad*. Esto significa que la *lengua* es incomodada por una *rumorosidad* que le es connatural y que actúa sobre ella quebrándola, abriendo vacíos en ella, imponiendo pausas y aceleraciones. El suyo será, pues, un decir fragmentario, expuesto a retrocesos, distraído por el *rumor* de su misma materialidad. De aquí la posibilidad de que la lengua sea *delirio* o *balbuceo* sin que ello implique un hundimiento de la consciencia porque lo que se revela asumiendo la forma de una desviación o de un obstáculo es la vitalidad de la materia que «se desprende» sea «de los gemidos más hondos», sea «de las palabras más nítidas y transparentes».¹¹ Será por *lealtad* a la materia —la *mimesis* es lealtad a la materia— que en ciertos casos la *lengua mixta* sabrá renunciar a «todo el relacionar» o a la «concatenación»,¹²

miliale», sino también la «pussance généreuse de l'engendrement ou de la génération» (*ibidem*, p. 258).

¹⁰ Platón constituye una referencia siempre presente en las reflexiones de Zambrano y también en la cuestión de la lengua se advierte su presencia. El que interviene aquí es el Platón de *Crátilo* y, en particular, el punto que ha de tenerse presente es el que dice: «¿Y cuando queremos manifestar algo con la voz, la lengua, o la boca? ¿Acaso lo que resulta de ello no es una manifestación de cada cosa cuando se hace una imitación de lo que sea por estos medios?». Y, seguidamente: «Entonces, según parece, el nombre es una imitación con la voz de aquello que se imita; y el imitador nombra con su voz lo que imita» (Platón, *Crátilo*, 423b).

¹¹ M. Zambrano, *De la aurora*, Madrid, Turner, 1986, p. 78.

¹² M. Zambrano, *Claros del bosque*, *op. cit.*, p. 82.

que se arriesgará a «un orden sin sintaxis» a «una unidad sin síntesis».¹³ Y será también por *lealtad* a la materia que rehuirá de la argumentación llana y la que escandirá será una lógica analógica que avanza por deslizamientos y desviaciones, por contracciones y aceleraciones, que se encomienda a los oximorones, a las metáforas, a la imagen.

La *lengua mixta* parece, así, vivir de una paradoja: lo que la legitima —ser re-producción del movimiento sonoro de la materia— es también lo que la desestabiliza y la expone al continuo peligro de la desarticulación o, incluso, de la extinción. Paradoja que, a su vez, genera otra: si la *lengua mixta* está afligida por una congénita *insecuritas* y por una precariedad estructural, es esta debilidad lo que le confiere eficacia, impidiéndole que transforme la potencia re-creada de la materia en poder y la concreción en gravedad. Será *estando* en el riesgo del consumo que la *lengua mixta* hará de tal potencia un nacimiento continuo, de la energía, una adherencia sin agarre, de la concreción, una forma de levedad. Materialidad y levedad están en la lengua sin oposición y la una es siempre también la otra, la una labra la otra: la materialidad, dúctil, flexible, está despojada del peso; la levedad es concreción, energía de lo viviente, legadura que no aprieta. Una contemporaneidad que confiere a la lengua una *ligereza material*, una *tactilidad*, desprovista de invadencia, con la que la lengua palpa, pero no aferra, sea cuanto más fácilmente se entrega, sea cuanto más se niega y se sustrae. Será entonces *palpándolos* que la lengua experimenta lo *aún no dicho*, lo *aún no hablado*, como también experimenta las formas mínimas de existencia, aquello que es inesencial y que con dificultad llega a ser *algo* o *alguien*. Y, aún más, es así que experimenta la consistencia opaca de las cosas y de sus zonas oscuras, su *fracaso* y su disipación. Dado que *palpa* todo con *ligereza material*, en todo, la *lengua* siente la pulsación desordenada de lo *sagrado*¹⁴ y, en el momento en que la siente, sabe que esa pulsación es la misma que la atraviesa. Una *condivisión* que la *lengua* ejerce haciendo de la palabra el mo-

¹³ *Idem*.

¹⁴ «Entrar en contacto con la materia —escribe Zambrano— es entrar en contacto con lo sagrado, con la *fysis*, antes del concepto, antes de la Filosofía, antes del ser.

Nombrar de nuevo la materia, pretender fijarla como realidad principal, equivale a desenterrar todo lo que fue vencido por la idea de “naturaleza” con la cual el hombre

vedizo equilibrio de materia y forma, equilibrio que, en su continuo hacerse y des-hacerse, hace que la palabra aparezca alterada, desprovista de definición, desplazada de sí misma, dilatada por un posible que siempre la sobrepasa.¹⁵ De aquí, la otra paradoja de la *lengua mixta*: su palabra es tanto más verídica cuanto más permanece ambigua, indefinida, alusiva, tanto más plena de sentido cuanto más se sustrae del sentido pleno para afirmar un sentido múltiple y oscilante.

Será este irreducible rasgo material el que impida a la *lengua mixta* ceder ante cualquier forma posible de abstracción. Por mucho que pueda ocurrir que su palabra se afine y se extenúe hasta devenir «un aletear del sentido, un balbuceo» o que permanezca «suspendida como clave a descifrar»,¹⁶ sigue siendo una palabra impregnada de materia en la que permanece firme el vínculo con lo viviente. Y, precisamente, porque firme es el vínculo, sea que parta «hacia arriba», sea que «huya hacia el confín del horizonte», la palabra «no se desvanece ni se anega»,¹⁷ sino que *arrastra consigo* la material sensualidad de la tierra. En este proceso, la palabra nacida por contagio se convierte ella misma en agente de contagio —un movimiento que Zambrano observa en la mística española—¹⁸ y la materialidad que le pertenece, en vez de des-

griego se libera del mundo hermético de lo sagrado» (M. Zambrano, *Algunos lugares de la pintura*, Madrid, Espasa-Calpe, 1991, pp. 26-28).

¹⁵ Es esta la palabra que implora Antígona desde el sepulcro, no se trata de la palabra que tiene la luminosidad cegadora del sol, sino de una palabra de la *sombra*. Una palabra, pues, que sabe decir la imposible condición de Antígona muerta y viva, hundida en los Inferos, pero aún en el mundo, como la de Polinices, hermano y enemigo al mismo tiempo. Y la palabra de la sombra es también la que puede hacerse «voz» de todas las criaturas vivientes, dejando que circule en sí «el mugido del toro», «el canto de la alondra», «el poderoso arrullo del mar», es decir, «la vida» (M. Zambrano, *La tumba de Antígona*, Madrid, Mondadori, 1989, p. 40).

¹⁶ M. Zambrano, *Claros del bosque*, *op. cit.*, p. 85.

¹⁷ *Idem*.

¹⁸ La misma mística española se coloca, según Zambrano, en el álveo del materialismo. «Dentro del catolicismo, este materialismo toma caracteres de mística sensualidad» (M. Zambrano, *Pensamiento y poesía en la vida española*, *op. cit.*, p. 40). Si la alemana «es mística de naufragos agonizantes que se agarran a la indescifrable potencia de Dios», en la mística española está «la presencia maravillosa del mundo y sus criaturas», está «la carne, con su palpitir, la materia misma», porque en España ni el mís-